
José Luis Peñas

Uno de los suyos

Confesiones del delator del caso Gürtel



PENÍNSULA REALIDAD

Uno de los suyos

José Luis Peñas

Confesiones del delator del caso Gürtel

Con la colaboración de Carlota Garrido

ediciones península

© José Luis Peñas Domingo, 2016

© Carlota Garrido Ortiz, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 1.193 - 2016
ISBN: 978-84-9942-493-4

ÍNDICE

1. Serrano 40, la casa madre (7 de febrero de 2006)	13
2. El alcalde que contaba fajos de billetes (21 de febrero de 2006)	35
3. Restaurante Sorolla (22 de febrero de 2006)	55
4. Correa de corrupción (1 de marzo de 2006)	71
5. Buenos secundarios en la trama (27 de marzo de 2006)	87
6. Tienes que ser opaco (28 de abril de 2006)	107
7. A partir de ahora, lo llevamos nosotros (30 de junio de 2006)	125
8. Eso lo vais a parar (4 de octubre de 2006)	143
9. Me joderán, pero estoy dispuesto a todo (15 de noviembre de 2006)	159
10. A nadie le interesaba la verdad (19 de diciembre de 2006)	189
11. Reunión con Isabel (12 de enero de 2007)	209
12. Todo cabe en un maletín (22 de febrero de 2007)	225
13. ¡Qué ganas de mandarles al carajo! (26 de marzo de 2007)	245
14. Si me traicionas, lo pasarás mal (15 de octubre de 2007)	259
15. Mil millones a Bárcenas (12 de diciembre de 2007)	279
Glosario de personajes	295
Índice onomástico	301

SERRANO 40, LA CASA MADRE

(7 de febrero de 2006)

Cifra redonda y calle rotunda, la Milla de Oro madrileña. Portal de abolengo con virutas en la puerta de hierro de la entrada y ascensor decimonónico, tembloroso, liviano y ligero, acristalado, con olor a madera de la de siempre, ese pino de Guinea que realza las edificaciones nobles y los antiguos ministerios de la capital, ese primer estertor al iniciar su ascensión... ¿a los cielos? Después de dos años largos de tormento, sé que era claramente una subida al infierno, a un infierno que elegí visitar continuamente desde 2005 hasta 2007.

Ese 7 de febrero de 2006 había decidido plantar cara a los tejemanejes, al descaro con el que se habían vaciado las arcas de muchos municipios, no todos madrileños. En realidad la decisión la había tomado tres meses antes, pero aquel día pondría punto y final a mi vida tal y como la entendía en ese momento. Todo estaba a punto de cambiar. Comenzaría a grabar cada uno de los movimientos del núcleo de la mafia madrileña. El miedo vivió conmigo desde entonces, pero, echando la vista atrás, puedo decir que valió la pena.

En Serrano 40, fuese cielo o infierno, esperaban Francisco Correa Sánchez —quien tenía allí su despacho— y su fiel amigo Pablo Crespo, dos empresarios buscavidas muy vinculados al Partido Popular (PP). Tanto, que el segundo de ellos había llegado a ser secretario de Organización del PP en Galicia. Y lo fue hasta que vio que en el otro lado, en el mundo empresarial, se ganaba más dinero, sobre todo si tenías los contactos adecuados en ayuntamientos o consejerías. Se alió entonces con Correa, un hombre hecho a sí mismo. De origen burgués y nacido en la ciudad marroquí de Casablanca, el joven Francisco creció en Madrid, adonde su familia tuvo que regresar tras sufrir un revés económico. Con el paso del tiempo, Correa llegó a convertirse en un empresario de éxito y se codeó, ni más ni menos, que con el entonces presidente del Gobierno, José María Aznar. Su imagen en la boda de postín de la hija de este en el monasterio de El Escorial sería, con los años, muy recordada.

No es que Correa o Crespo pensarán en la desamortización de los bienes públicos o en una teoría neoliberal de la economía, ni siquiera en la eficiencia o eficacia de las políticas de los diferentes partidos políticos; no, qué va, ellos pensaban en *cash*, en *money* o, por emplear su palabra favorita, en el *business*. Las consideraciones legales o morales quedaban fuera. Bueno, no es que quedaran fuera, es que para ellos y todo su entramado nada de eso existía, nada de eso era corpóreo, nada de eso tenía cabida en el haber de sus cuentas corrientes o de sus fondos opacos en paraísos fiscales. Lo que no se medía en euros no contaba.

Grave error. Con el tiempo han comprobado que lo más caro es aquello que no se puede comprar, es aquello que se tiene o no se tiene, y que ellos posiblemente tuvieron en algún momento, pero que perdieron, extraviaron o alejaron *ex profeso* de su lado. Es una dura carga ser honrado.

Durante más de cuatro años, yo formé parte de ese círculo. Los veía como empresarios de éxito con quienes podía pros-

perar profesionalmente. Conocí a Correa el día de mi boda, en junio de 2001, pues yo trabajaba con su entonces mujer en el Ayuntamiento de Majadahonda (Madrid) y el alcalde nos presentó. Él era uno de los hombres más importantes de España, cuya cercanía al presidente del Gobierno era conocida por todos, al igual que su sempiterno mal humor. En los años siguientes, la relación con Paco pasó de la distancia a la cercanía y a una cierta amistad que se borró el día en que fui consciente de que Francisco Correa era realmente Don Vito, como le gustaba hacerse llamar en alusión al gran jefe de la mafia siciliana que protagoniza la película *El Padrino*.

El respeto se tiene siempre, pero, cuando se hace todo lo posible por perderlo, es difícil de recuperar. Mucho más arduo es tratarse a uno mismo con respeto, ese que sale de dentro, de la convicción personal e íntima de haber actuado con rectitud. Esa convicción fue lo que me llevó al número 40 de la calle Serrano ese día, como otros anteriores y otros muchos futuros. Me había perdido el respeto, por mis propios actos, no por los de los demás, sino por mi propia idiotez, por mi miopía, por mirar sin ver, por oír sin escuchar... En definitiva, por acomodarme y creer que era el centro, y además indispensable, y que mi destino estaba marcado porque yo lo valía. Así que, aquella mañana, entré en el centro de operaciones de Correa, donde pergeñaba todos sus chanchullos, donde daba órdenes a diestro y siniestro, y donde organizaba cada golpe. Dicho así, podría parecer que hablo de un ladrón de bancos. Visto ahora, no iba tan desencaminado. Bancos o ayuntamientos, al final todo se reduce a lo mismo.

Sin embargo, ese 7 de febrero era distinto a todos los anteriores. Yo no iba solo. A partir de ese día, cada cita, cada visita, cada encuentro con Correa quedaría registrado. Todavía no sabía si mi grabadora iba a ser un seguro de vida o un riesgo de muerte.

LOS TRESCIENTOS MILLONES DE BENJA

En diciembre de 2005 Correa y yo teníamos algo muy parecido a una amistad. Me consultaba, me pedía favores personales, tan personales que me permitirían conocer al dedillo sus flaquezas, sus miserias y, por qué no decirlo, alguna que otra grandeza. Las contradicciones del alma humana.

Paco —quien, como muchos otros, me llamaba Pepe— nos estaba ayudando en esas fechas a organizar una formación política en Majadahonda, una tranquila localidad situada donde comienza la sierra noroeste madrileña y que forma parte del «Triángulo de Oro» delimitado por Pozuelo de Alarcón, Boadilla del Monte y Las Rozas, conocidos como los «pueblos pijos» de la Comunidad de Madrid. Futbolistas como Cristiano Ronaldo o Iker Casillas, políticos de la talla de Pedro Solbes, José María Aznar o José Luis Rodríguez Zapatero y empresarios como el difunto José María Ruiz Mateos —en definitiva, todo aquel que se precie— residen o han residido en esta zona, que vende bienestar, seguridad ciudadana (a menudo convenientemente reforzada con vigilancia privada) y todo tipo de comodidades.

Yo había entrado en el Ayuntamiento de Majadahonda como asesor técnico en 2000 y, tras las elecciones celebradas tres años después, fui concejal del PP —área de Planeamiento Urbano— en este pueblo con encanto. Como consecuencia de una maniobra que comentaré más adelante, otro concejal majariego —Juan José Moreno, al que llamamos Juanjo— y yo fuimos expulsados del partido. En aquella época, a finales de 2005, queríamos crear nuestra propia formación política, la cual pretendíamos que fuese un referente nacional en la lucha contra la tiranía de la corrupción, esa inevitable parte B del ser humano, de casi todos ellos. Corrupción: muchos de sus comportamientos caben en el Código Penal, pero otros no y, sin embargo, dejarse adular, oír cantos de sirena, creerse destina-

do o digno de merecimiento son, indudablemente, actitudes que aun no teniendo un reproche judicial constituyen uno de los mayores peligros para la Administración pública.

Fue en esas Navidades cuando Correa puso el teléfono en manos libres, como muestra de su confianza, para que escucháramos esta conversación:

—Benja, ¿cómo estás, tío?

—Mira, Paco, estoy muy cabreado. Hemos hablado mucho de este tema y te repito que, si no tengo mis trescientos millones, nada de nada.

—¡Vale, tío, vale!

Correa cogió el móvil y silenció el altavoz. Menos mal que pasó a otra sala para seguir hablando con Benja porque, de lo contrario, hubiese visto mi cara de asombro. ¡Trescientos millones! ¡Caray! Así que para adjudicarse un concurso público en Arganda del Rey —otro municipio madrileño, en este caso en la zona sureste, fuera de la «zona noble»— había que pagar... Estaba claro que si la cantidad era importante, el negocio lo sería mucho más.

Benjamín Martín Vasco, teniente de alcalde, concejal, presidente y consejero delegado de la sociedad municipal de Fomento, y quien llevaba a cabo todos los encargos importantes del ayuntamiento argandeño, era el interlocutor de Paco. Por la conversación que pude escuchar, parecía evidente que se estaba hablando de saltarse los controles administrativos relativos a suelo, limpieza, rotondas y servicios de todo tipo. En fin, como siempre, las leyes liberales y liberalizadoras surtieron su efecto trasvasando miles de millones a manos privadas para dar un servicio infinitamente peor en términos absolutos. Madrid, Comunidad en la que todos los pueblos tienen empresas de este tipo, se ha convertido en la pequeña Sicilia, donde los mafiosos campan por su suelo como si de personajes de Mario Puzo se tratara. Benja no era un cualquiera: llegó a ser diputado en la Asamblea de Madrid por parte del Partido Popular

y una de las manos derechas de Esperanza Aguirre, exministra, expresidenta de la Comunidad madrileña y reciente lidereza fallida. Un auténtico monstruo político con la habilidad de que la mierda no le salpique.

—Por favor, Juanjo, dile que nos vamos, así hablará tranquilo...

No quería que Paco viese mi cara de estupor y rabia, de modo que dejamos que siguiera su conversación con Benjamín a solas.

«PACO, SIN TI NO AVANZAMOS»

Tres meses después de aquella conversación, Paco lo tenía todo preparado. Aquella invernal mañana del 7 de febrero de 2006, Juanjo, el periodista Pedro Fuster, Isabel Jordán —una de las principales colaboradoras de Correa— y yo nos reunimos en Serrano 40. Paco nos había convocado para ultimar la campaña con la que íbamos a lanzar el nuevo partido. Correa era nuestro guía en la sombra. Nos estaba ayudando y dirigiendo para plantar cara al PP o a cualquier otro partido y poder llegar a la alcaldía en Majadahonda. Su idea era clara. Teníamos que alejarnos de cualquier reminiscencia de otros partidos. Quería que presentáramos el partido como una empresa. Hacer creer a los majariegos que éramos profesionales que íbamos a acabar con el despilfarro y la corrupción protagonizados por el anterior alcalde, el popular Guillermo Ortega. Pero sus intenciones eran bien distintas:

—Hacedme caso, lo tengo claro desde el primer día. Si no, cometeréis una torpeza. Si hacemos lo que yo estoy diciendo, ¡hacedme caso!, nos llevaremos una sorpresa importante... y no solo en el municipio.

Correa tenía las ideas claras. Estaba convencido de que, si llevábamos la campaña por donde él nos decía, íbamos a revo-

lucionar la política. Y ahí estábamos nosotros, escuchándole y cumpliendo órdenes, que para eso iba a ayudarnos con la publicidad y con todo lo que necesitaríamos para darnos a conocer. Sea como fuere, teníamos que hacernos con el poder en la alcaldía. Paco era muy insistente:

—Por fin esto va a empezar a funcionar. Estamos haciendo algo nuevo. Porque hasta ahora es el amiguete del amiguete del amiguete... y esto no. Esto no es así, al menos hasta que queramos nosotros, ¡je, je! Luego, cuando gobernemos, ya veremos a qué amiguete metemos... ¿Estamos de acuerdo?

Todos le reíamos las gracias, incluso llegábamos a contestar a sus órdenes con un rotundo «¡Sí, señor!», rememorando nuestras épocas de la mili. Francisco, Paco, Don Vito... Él estaba entre bambalinas. Nosotros poníamos la cara y él, la infraestructura. A él no le interesaba estar en política, sino obtener el máximo beneficio posible por detrás, como llevaba años haciendo con el PP.

Íbamos a presentarnos a las elecciones municipales que se celebrarían en mayo de 2007. No era la primera vez que yo entraba en política. Afiliado al PP, en 1999 fui concejal en la oposición en Parla, otro pueblo de corrupción, y cuatro años después, también en las filas populares, entré, tal como he explicado, como concejal en Majadahonda. En 2005, expulsado del partido, había decidido arriesgar. Tenía plaza de funcionario en la alcaldía de Madrid, adonde podía volver en cualquier momento, pero me sabía a poco. Me llegó la posibilidad de poder liderar un proyecto nuevo y renovador, y me convencí de que sería el salvador de la política municipal. Pude volver a mi tranquilo y rutinario puesto de trabajo, pero decidí dejarme embaucar por el poder.

Correa era un tío emprendedor, agresivo y con las ideas claras. Al oírle hablar, parecía muy seguro de sí mismo. Aca-paraba las conversaciones y se permitía dar consejos a todo el que le escuchara. A pesar de sus trajes de marca, sus casas

en Madrid, Cádiz, Ibiza o incluso Miami y sus coches, con chófer incluido, por su forma de hablar no podía ocultar su procedencia. Se codeaba con la *high class*, pero no podía disimular su chulería y el tono macarra propio del Madrid más castizo, que, unidos a su voz ronca y al pelo perfectamente engominado detrás de la oreja, donde se dejaba ver algún rizo, lo convertían en un personaje digno de las películas americanas. Pero no el bueno, sino aquel que es perseguido por la policía que lucha para acabar con las mafias del distrito. El Don Vito de Madrid, que había conseguido hacer fortuna al dar con la clave del éxito: dinero, política y contratos públicos.

Paco no ahorraba en insultos. Siempre tenía una palabra malsonante en la boca o un descalificativo preparado para humillar al que tuviera cerca.

En alguna ocasión, las lindezas de Correa llegaban a ser bochornosas. Todavía recuerdo cuando Pedro Fuster salió un día del baño con una mancha cerca de la bragueta del pantalón. Es algo que a cualquier hombre le ha ocurrido en alguna ocasión. Sin embargo, Paco consideró que era la ocasión ideal para dejar en evidencia al que decía ser su amigo:

—¡Qué pasa, Pedro! ¿No te la sabes sacudir?

Aquella reunión en su despacho de la calle Serrano fue una de las tantas que tuvimos hasta que todo saltó por los aires. Juanjo, Pedro, Isabel y yo llegamos antes para empezar a hablar del proyecto, de cómo íbamos a convencer a los majariegos para que nos votaran. No era tarea fácil porque, durante años, el pueblo había sido un feudo del PP. Nuestro partido se llamaba Corporación Majadahonda (CMA). Correa nos convenció que debíamos tener como objetivo la lucha contra la corrupción. Durante nuestra etapa en el ayuntamiento habíamos denunciado al alcalde por un asunto de urbanismo y creíamos que, si lo dejábamos ahora, seríamos nosotros los señalados. Con la influencia de Paco y su ayuda, sacaríamos

adelante el proyecto. Se comprometía a apoyarnos hasta las elecciones. Puso a Isabel, su mano derecha y administradora de alguna de sus empresas, y a Pedro a trabajar con nosotros. Ellos se encargarían de los logotipos y lo relativo a la imagen, mientras que Juanjo y yo nos dedicaríamos a todo lo administrativo, como la inscripción del partido, sus estatutos, acudir al Ministerio del Interior y otros trámites.

Correa todavía no había llegado cuando nosotros ya estábamos allí sentados. No era persona de mucho madrugar. La noche anterior se había acostado a las cuatro de la mañana, como en muchas otras ocasiones. Le gustaba frecuentar antros de dudosa reputación, en los que mantenía algún que otro escarceo. Como se suele decir, «lo mejor de echar un polvo es poder contarlo luego». Paco no era de los que se ahorran detalles de sus noches más movidas.

Igual de indiscreto que lo era con su vida privada, a Paco también le gustaba alardear de los contactos y negocios que mantenía con alcaldes, concejales y dirigentes políticos de mayor rango. Activar el modo «manos libres» del teléfono durante la conversación con Benja era una demostración de su forma de ser. Durante unas semanas, después de aquello, Correa se dedicó a observarnos, a ver si habíamos cambiado, si lo oído tenía alguna repercusión. Estaba acostumbrado a tenerlo todo bajo control. Bueno, eso creía él —lo suyo era un caos medio ordenado—, pero necesitaba esa sensación de Rey Sol, de ser el gerifalte. No pudo controlar lo que oímos a través del altavoz del móvil, y eso no le gustaba.

Antes de que Paco llegara, pregunté a Isabel de qué ánimo estaba. Correa podía ser muy desagradable cuando tenía un día torcido.

—¿Cómo viene hoy? ¿Está de buen humor?

—No. Está fácil, que es diferente. Bueno... ¿empezamos o esperamos? Si no, luego dirá que por qué no hemos empezado.

No pudimos contener las risas, aliviados porque hoy no sería uno de esos días de mucha tensión.

Por fin llegó, poco antes de la hora de comer. Iba cojeando. Había estado en el médico y le había dicho que tenía fastidiadas las dos rodillas, lo que le obligaba a andar con muletas. Y lo peor es que, según nos dijo, no podía hacer deporte y ya había engordado dos kilos. Que nos lo dijera a Juanjo y a mí, que no somos precisamente el prototipo deportivo, tampoco nos preocupaba mucho. No sé si estaba de buen o mal humor, pero tardó muy poco en ponernos los puntos sobre las íes porque no habíamos hecho los deberes que nos había mandado:

—¿Necesitáis que os lo hagamos nosotros? Porque pensé que estaba hecho. Se lo he explicado a Pepe y Juanjo por activa y por pasiva. Decidme si queréis que estemos juntos en esto. Decidme: «Paco, sin ti no avanzamos».

—No hace falta, Paco. Lo desarrollamos y os lo enviamos para que lo veáis —se defendió Juanjo.

—Pero ¿por qué no lo habéis hecho ya?

—Porque nos habíamos centrado en el díptico, en la parte más filosófica.

—Tenéis que confiar en mí, chicos. Creedme lo que estoy diciendo. No vayáis con la idea de crear un partido político porque es un error. Tenéis que romper moldes. Hablad con un lenguaje más vulgar, más normal, para la gente normalita. Nada del voto democrático, ni su puta madre. ¡Ni una polla! Tenéis que poner siete cosas jodidas de un partido que hayáis vivido, pero sin decir el nombre.

Correa estaba convencido de que íbamos a triunfar y que nuestra campaña, dirigida e ideada por él, iba a ser todo un éxito, el cual sería utilizado como ejemplo por otros partidos incluso a nivel nacional, una pretensión que quedó muy alejada de la realidad. Se creía un mesías, un ideólogo.

—Pensé que esto estaba hecho. No entiendo nada —insistía mientras golpeaba con el puño en la mesa.

—Es que lo habíamos enfocado por otro lado...

—De aquí al domingo centraos en el puto proyecto. Os pido por favor que hagáis la postal y luego el proyecto.

ESPERANZA NOS OBLIGÓ

La gestión de Majadahonda ya había quedado señalada en 2005, cuando ocupó decenas de portadas, editoriales y programas de radio. La venta de dos parcelas había desatado una guerra interna en el PP, y en ella intervino la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, un personaje que tengo por falaz hasta la saciedad. Las parcelas las quería vender el entonces alcalde, Guillermo Ortega, más conocido como Willy, a una empresa de su confianza. Años después, la ya expresidenta diría que fue ella quien destapó el caso Gürtel, o dicho de otro modo, el caso Correa, al ordenar que ese concurso fuera paralizado, declarado desierto y celebrado de nuevo. Este asunto le costó la cabeza a Willy, quien fue relevado por Narciso de Foxá, aunque el exalcalde no se quedó precisamente compuesto y sin novio. Fue nombrado gerente del Mercado Puerta de Toledo, dependiente de la Comunidad, con un sueldo casi el doble del que tenía como alcalde de Majadahonda. Tras esta maniobra, que nos salpicó a Juanjo y a mí, estaban Correa, Paco Granados —exalcalde de Valdemoro y, entonces, secretario general del PP madrileño y consejero de Presidencia de la Comunidad— y su amigo David Marjaliza, un constructor afín al PP y exconcejal valdemoreño. Estos dos últimos, por carambolas de la vida, acabarían presos. Al final, los tentáculos de la corrupción son más bien cortos.

Antes de esos hechos, en noviembre de 2004, otro futuro inquilino de la cárcel de Soto del Real, el extesorero del PP Luis Bárcenas, ya avisaba de que los municipios se quedaban con la tostada y no daban nada a Génova, sede central de los

populares. Durante una reunión con Aguirre y Mariano Rajoy —recién nombrado presidente del PP—, Bárcenas y Álvaro Lapuerta, a la sazón gerente y tesorero nacional del partido, informaron a la presidenta madrileña y a Rajoy de que se estaba gestando una operación urbanística corrupta por parte de Correa en el ayuntamiento madrileño de Arganda del Rey, en torno a la venta de una parcela municipal (la 124), con respaldo de los principales cargos municipales del PP. La empresa beneficiaria era Martinsa, perteneciente a Fernando Martín, otro de los imputados de la trama Gürtel.

Granados maniobraba entonces con su amigo Marjaliza para arrancar posibilidades al noroeste madrileño, un terreno en el que hacían poco *business*. En medio estábamos Juanjo y yo, apoyando en Majadahonda a Ortega, el alcalde al que Aguirre nos había dicho que apoyáramos. Ortega llevó adelante un concurso calcado de los que se hacían en la Comunidad de Madrid, aprobado de viva voz por el entonces vicepresidente madrileño Ignacio González, quien se comprometió a firmar él mismo la valoración y los pliegos del concurso, tal y como hizo. Por otro lado, Jaime González Taboada, consejero madrileño de Medio Ambiente, supervisó minuciosamente el concurso. Lo que son las cosas, años después prácticamente todos han ido cayendo como fichas de un dominó.

Al final, el concurso se suspendió y a Ortega lo castigaron, como he dicho, enviándole a otro puesto de la Comunidad, con vehículo oficial y una importante partida de obras. Aguirre se desgañitaba. El jueves en que Willy presentaba su dimisión, 3 de febrero de 2005, dije que en cuanto yo fuese alcalde accidental —era primer teniente de alcalde— llamaría a Anticorrupción para que examinaran la administración del ayuntamiento en los últimos años. Abrí la boca demasiado... y me quitaron la oportunidad: me cesaron como teniente de alcalde.

MIRAR HACIA OTRO LADO

Tendrían que oír a Aguirre cuando habla en confianza, en un entorno cercano: la soltura de su lenguaje sorprende en una persona de su alcurnia. La fallida lideresa, aupada por una traición bautizada como el «tamayazo» —una maniobra por la que Aguirre consiguió que se repitieran las elecciones de 2003 después de que, en el momento de la investidura del socialista Rafael Simancas como presidente madrileño, dos compañeros de partido, Eduardo Tamayo y María Teresa Sáez, se ausentaran de la votación para que aquel no consiguiera los votos necesarios—, me gritaba las cosas más desagradables que he oído. Ortega me destituyó dos minutos después para salvar su salida al Mercado Puerta de Toledo. Juanjo y yo, a la calle. Vilipendiados, intentaron cargarnos el marrón. Hablamos con decenas de cargos, incluida Cristina Cifuentes, ahora presidenta de la Comunidad de Madrid, que, dejando en evidencia a su antecesora, nos aconsejó: «Meteos una temporada en el congelador, chicos». Se nos pedía, con buenas palabras, que estuviésemos callados, que hiciésemos un retiro espiritual, que «la secta» ya volvería a contar con nosotros. Teníamos que dejar de ser personas y aceptar sin rechistar los dictados de la presidenta. Esto es, en pocas palabras, un partido político. Una reunión de hormigas, de pusilánimes, de minirrobots sin voluntad ni ideas, un convento donde uno pierde su voluntad, su nombre, su alma.

Pero siempre existen descerebrados que optan por decir «no». Decidí denunciar lo que había ocurrido en mi ayuntamiento, y me expuse para luego no conseguir nada. La causa se archivó y se encargaron de «ascender» a Londres al periodista a quien habíamos entregado la información sobre aquel intento de recalificación. La lideresa lograba domesticar todas las bocas de cañón para silenciar la boca de unos simples concejales díscolos. Ese año 2005, aprendí mucho sobre la democra-

cia real y sobre el papel de la prensa en el desarrollo político del país.

Reconozco que es fácil engañarme una vez, confío en el ser humano y no tengo en principio ningún tabú hacia nada ni nadie, pero no más. Y, como han comprobado en el PP y en un buen número de grandes empresas, no es muy conveniente tenerme como enemigo.

No me oculto. En estos diez años mi teléfono ha seguido siempre en la guía y nunca, a pesar de los ofrecimientos, he querido tener escolta ni nada parecido, ni jamás pensé en ningún tipo de trato con la Fiscalía después de dejar con el culo al aire a parte del PP al entregar a la justicia dos años de grabaciones, dos años de corrupciones, dos años de vergüenza, cuyo rastro sigue, a día de hoy, llevándose por delante a muchos «intocables». Quién iba a decir entonces a Bárcenas o a Granados que sus «negocietes» con Correa o sus entradas en ayuntamientos los iban a llevar a chirona. La conjunción de una suma de factores ha ayudado a destapar años de corruptelas. Lo que más tarde se llamaría el «caso Gürtel» ha sido el paradigma de la corrupción en España, aunque ni mucho menos es el único. Levantas una piedra y salen cientos de concursos públicos amañados. Incluso la propia infanta Cristina de Borbón ha sido señalada por aprovecharse del descontrol existente en las instituciones.

Lo que no se puede negar es que el entramado de Correa ha sido un punto y aparte en la lucha contra la corrupción y en el cambio de mentalidad de los españoles. A raíz del caso Gürtel, se conoció el asunto de los famosos trajes de Francisco Camps, que acabaron con su carrera como presidente de la Generalitat Valenciana; se supo que el tesorero del PP, Luis Bárcenas, tenía cuentas en Suiza y en otras partes del mundo en las que llegó a acumular, presuntamente, cuarenta y ocho millones de euros; se destapó que el PP disponía, también presuntamente, de una contabilidad paralela —la conocida como

«caja B»— al margen de las cuentas oficiales presentadas en el Tribunal de Cuentas; y ha sido uno de los pilares para destapar el caso Púnica, que ha llevado a Granados y su amigo Marjaliza a prisión por hacer lo mismo: amañar presuntamente contratos públicos, es decir, utilizar a los amiguetes situados en puestos clave de la Administración para obtener grandes beneficios económicos. Si algo aprendí aquellos años en los que me rodeé de toda esta gente es que lo que tramaban los unos y los otros era *vox populi*. La corrupción estaba institucionalizada, y el que más o el que menos se beneficiaba de ello o, simplemente, prefería mirar hacia otro lado.

AMOR Y LUJO

En un alarde de «valentía», Correa se separó de su mujer, a la que Juanjo y yo llamábamos cariñosamente «la Sita», en diciembre de 2005. Últimamente ella estaba insoportable con su marido. Nosotros hacía meses que no la veíamos. Un fin de semana, en el que Mari Carmen viajó a Marbella, al Embrujo, su vivienda en aquellas latitudes, Correa contrató unos camiones y a un pequeño ejército de peones y sacó todas las cosas de su casa en la urbanización La Finca, en Pozuelo de Alarcón. Bueno, era la casa de Mari Carmen, regalo de su padre, y Paco allí nunca se sintió cómodo. Vecino de importantes próceres peperos, solíamos ir a jugar con él a baloncesto en el club privado de La Finca.

—Chicos, veníos al Fénix, que tengo una sorpresa.

Cuando llegamos al Hotel Fénix, el portero nos indicó una habitación. Subimos, llamamos y allí estaba Correa, impoluto, engominado, con su cara de insatisfacción perpetua y esbozando una sonrisa blanda y un poco despiadada, su favorita. La *suite*, en el segundo piso, estaba situada en una de las esquinas del hotel y tenía vistas a la actual plaza de Margaret Thatcher,

el Paseo de la Castellana y la plaza de Colón. Es más, desde allí se veía la calle Génova, de modo que se encontraba a un tiro de piedra de la sede del Partido Popular, donde Paco sería recibido tantas veces.

Una habitación amplia, lujosa pero sin estridencias, con sofás y escritorio. Desde donde estábamos se vislumbraba otra zona con una cama *king size*, de esas que parece que van a salir de sus límites en cualquier momento. Los armarios llenos a rebosar y todo, como siempre, impregnado del olor de la colonia de Correa. Nos dirigió al pasillo de entrada y abrió una puerta que daba, esta vez sí, a una habitación sencilla. Tan sencilla que no tenía mueble alguno. Ni cama, ni minibar, ni silloncito, ni mesillas. Nada hacía pensar que aquello era una habitación de hotel. Pero la ausencia de los muebles del hotel no significaba que estuviese vacía. Atrasonada, la risa de Correa surgió en el momento de dar la luz: allí estaba todo su vestuario. Decenas de percheros repletos, combados en su centro por el peso, en especial aquellos que sostenían chaquetas y abrigos. Otros, con las camisas, parecían a punto de vencerse, incapaces de soportar su carga. Los pantalones y trajes se mantenían rectos en esas barras metálicas y, un poco al fondo, se acumulaban decenas, cientos de zapatos. Estos no estaban tan ordenados como sus primos textiles, pero ¡menuda colección!

A Paco le gustaba lo mejor. Los zapatos de menos de seiscientos euros no le hacían gracia, salvo los mocasines que se compraba en el mercadillo de Ibiza, en el puerto, que adquiría por docenas. Prácticamente todo lo compraba por cantidades casi impúdicas. Maletas, bolsos, ¿centenares? de corbatas, pañuelos, sus decenas de relojes —a cada cual más caro—... Todo, se había llevado todo de su casa. Su risa debió redoblar-se cuando nos vio la cara a Juanjo y a mí. Mucho más se rio cuando nos contó «su aventura» del fin de semana. Esperó a que Mari Carmen saliera para el aeropuerto y a renglón se-

guido entraron a hacer la mudanza. Tenía preparadas ya las habitaciones del hotel. Lo mejor era pensar en la cara de Mari Carmen al volver el domingo por la noche y encontrarse con una mitad de la casa vacía.

—¡Qué pena no poder haber visto su cara, coño! —nos dijo Paco.

Correa nos confiaba el rencor hacia su esposa, hacia su suegro y hacia la familia política en general. Cuando entraba en estos temas, de su boca salían las palabras más gruesas que le recuerdo; era terrible oírle hablar de su suegro, que estaba bastante enfermo. De cualquier forma, ese diciembre de 2005, Paco burló su cobardía natural y se armó de valor para engañar a su mujer, una vez más, e irse de casa a un hotel. Le ayudó, según él, haber tenido un rollo con una de las protagonistas de la obra teatral que producía en Barcelona, *Vuelven las corsarias*. Al parecer, el día del estreno había «triunfado» con una de ellas y consiguió que lo visitara algún que otro día en Madrid (imagino que hasta que dejó de pagar a los actores y actrices por el fiasco económico que supuso).

EL DÍA X

Afortunadamente, aquel día de Navidad de 2005 en que oímos parte de la conversación de Correa con Benja conducía Juanjo, como casi siempre. La cabeza me bullía, el estómago me infligió algunos de los dolores más fuertes que he sufrido en mi vida. No paraba de dar vueltas a lo que había escuchado. Estaba en la inopia, mientras que a mi alrededor, qué digo, frente a mí, ellos se daban el gran atracón. Si por una operación un peón se embolsaba trescientos millones, cuánto se embolsaba el PP, cuánto Correa, cuánto el alcalde, cuánto el poderoso empresario que adelantaba unas migajas de lo que sería un negocio, un *business*, milmillonario como mínimo.

En la reunión que mantuvimos para la creación del nuevo partido, mes y medio después, Paco hablaba inflamado, como poseído por un genio de la política, y nos animaba a denunciar a través de nuestra flamante formación la política decadente de los partidos de siempre:

—¡El enriquecimiento personal! Y a solucionarse la vida, ¡ponlo! Y tienes que poner que esto no ocurre solo en Majadahonda, sino que es la experiencia en todos los ayuntamientos. ¡Ponlo! Que no importa el color.

«El enriquecimiento personal...», lo decía con auténtico enojo. Cualquiera diría que estaba oyendo a Castelar o a un místico. Parecía realmente convencido de su discurso, y luego, ya más calmado, añadió su coletilla querida: «Yo sí valgo para esto, y no estos mierdas, y eso sin estudiar apenas...». Aquí solía empalmar con los momentos más angustiosos de su vida en Marruecos. Hijo de un exiliado rojo, pero de muy buena posición, estudiaba en el liceo francés. Su padre, propietario de una fábrica de calzados, le proporcionaba una vida de élite. Tras arruinarse, la familia regresó a España hundida en la desolación y la pobreza, y el joven Paco empezó a trabajar de botones en el hotel que está enfrente de la madrileña estación del Norte. Allí, Correa aprendió cosas que las más insignes universidades no enseñan. Aprendió a seguir a las personas, quién se esconde y quién no, quién viene con su mujer y quién con su amante. Conoció los miedos y temores de los seres humanos, pero sobre todo sus debilidades. A quién tenía que adular, a quién desdeñar, a quién incluso amenazar, a quién mirar a los ojos al hablar y a quién esquivar la mirada. Entendió que si le faltaba algo, estudios, tenía algo a su favor, psicología humana (él lo resumía diciendo que conocía «de cojones» a la gente). Eso y una buena presencia. Si tu traje y zapatos son mejores que los de la persona con la que te entrevistas, dará por supuesto que tienes un estatus, una educación y te tratará como un superior. Si vas como un pordiosero, te tratarán peor que a

un perro. Así consiguió su primer gran trabajo en Wagon Lits, una importante empresa de viajes.

En resumen, la educación universitaria, o simplemente la educación, era para Correa uno de sus mayores complejos. Complejo que ahogaba en trajes de dos mil euros, zapatos de mil, relojes de veinticinco mil, kilos de gomina y un fajo de billetes al bolsillo con no menos de cuatro mil quinientos euros cada día.

—¿Cuánto tienes que trabajar con tu carrera universitaria para llevar encima lo que yo llevo? —repetía a menudo.

Todos tenemos nuestros complejos, nuestras debilidades, nuestro talón de Aquiles, pero solo los necios los ocultan tras el dinero y el poder. Ahora lo veía claro: después de oír a Benjamín, nada en Correa se me antojaba real, verdadero; su ofrecimiento de ayuda era simplemente una propuesta cargada de veneno, quería simplemente gobernar Majadahonda a través de nosotros. Quería volver a controlar el municipio con un nuevo partido, como lo hizo con el PP y con Willy Ortega en la alcaldía. Todo iba encajando. Todo no, pero algunas piezas sí. Otras no lo harán nunca. Un fax recibido en el consistorio desde la gerencia de Génova con un listado de empresas a las que agasajar tras su ayuda económica en las últimas elecciones era una buena pieza para componer el puzle. Era la única manera de entender los cientos de relojes que atesoraba Ortega, sus casas, su tren de vida. Después, se pudo saber que incluso disponía de su propia cuenta en Suiza. Y los helvéticos no dejan a un cualquiera ir allí y hacerse cliente. Tanto *money*, tanto vales.

Mientras movían sus hilos, los contratos y ventas eran teledirigidos hacia la empresa que más pujaba en el despacho de Correa, quien empezó haciéndose un hueco en el PP ofreciendo viajes baratos para conseguir ser el empresario de confianza de los peperos.

EN UN RINCÓN DEL ALMA

Sin un solo reproche, como siempre, mi mujer —infinitamente más inteligente que yo— me miraba callada, con total cariño, mientras yo desgranaba aquello que acababa de ocurrir. Esos trecientos millones no paraban de retumbar en mi cabeza. Frente a mis miedos, mis quejas, mis gritos, mi angustia, ella me envolvía en esa mirada siempre comprensiva de las mujeres que se entregan a un hombre que, como yo, siempre está errante y perdido, convencido de que es centro y núcleo cuando no es más que un simple caminante que regresa una y otra vez al mismo lugar, al punto en el que empieza su propia estupidez.

—Tendrás que hacer lo que tienes que hacer —dijo al final.

La opción era simple: solicitar mi reingreso en el Ayuntamiento de Madrid, del que soy funcionario desde 1994, o marcharnos y empezar en otro sitio. Sin duda, su respuesta no era una directriz, ni un consejo, ni una sugerencia, era una conminación: solo había una cosa que se podía hacer, y debía afrontarla.

Denunciar la conversación con Benja venía a ser algo así:

—A ver, señor fiscal, he oído en un teléfono en manos libres que...

Podía hacerlo, sin duda, pero los resultados eran evidentes.

Si volvía a mi trabajo, tranquilo, seguro, al regresar por la tarde y mirar a mi hija, o al acostarme, allí estaría en mi interior esa conversación. Trecientos millones... ¿Qué sería luego?

Mi mujer tenía razón, siempre la tiene. Hacer lo que uno tiene que hacer significa siempre lo mismo: enfrentarse a lo que más cuesta, a lo más difícil, olvidarte del paso cómodo.

No hacerlo sería como estar amortizado, muerto en vida. Hoy, cuando salgo hacia mi trabajo con mi bicicleta, una sonrisa asoma a mi rostro y siempre me digo lo mismo: gracias,

Rebeca, gracias por hacerme disfrutar de todos y cada uno de los momentos del resto de mis días desde aquel lejano diciembre de 2005.

Hace poco, escuché decir a una actriz en su papel: «Te sorprendería saber las cosas que llega a olvidar una persona». Mi despacho era grande, muchos libros, miles y miles, mi único vicio desde siempre y del que a día de hoy no he conseguido desintoxicarme. La mesa también era enorme, con tres cajones hacia mí y otros tres al frente. Aún la conservo, y en los cajones sigue habiendo mucha información.

Empecé a trastear por internet y a pasar las horas con libros, música, clásicos de cine; poco a poco fue saliendo. Siempre he pensado que soy un poco diésel en ese territorio, no suelo ser muy rápido ni ingenioso, pero nunca paro. Sentado en mi despacho, me vino una imagen del año 2001 o 2002, muy nítida, como el fotograma de una película. El despacho de Ortega, varias personas más y yo mismo. El alcalde reparte algo, nos da algo a cada uno, un pequeño paquete, sin envolver... Recuerdo haber estado allí, pero no recuerdo exactamente qué significa, cierro los ojos, el fotograma está delante de mí, la película está parada, decido seguir y abrir en mi mente el paquete. Otra idea: estamos en Navidad. Vale, puede ser el regalo de todos los años de la alcaldía, un pequeño presente para los funcionarios y para los ciudadanos que se entrevistan con el alcalde o simplemente visitan el ayuntamiento. Lo abro, es una memoria USB, de 250 megas de capacidad, en forma de huso y con auriculares en la que se pueden almacenar canciones.

Puede que aún lo conserve porque, sin padecer el síndrome de Diógenes, guardo una infinidad de cosas que el común de los mortales desearía en el minuto uno. Lo busco entre los cajones y, cuando estoy a punto de desistir, allí aparece dentro de una caja tal y como lo recordaba, excepto por la ins-

cripción a la que en su momento no había prestado atención: «Ayuntamiento de Majadahonda, Majadahonda.org». Sí, era eso, un regalo de cortesía. Una pantalla digital y unos pequeños botones. Lo enciendo. Nada. Apago el aparato y vuelvo a dejarlo en su cajita entre unos papeles que parecen un pequeño folleto. Me acuesto pues se me ha hecho tarde, pero primero me acerco al cuarto de mi niña. Hoy puedo decir cuáles son las tres cosas más importantes en mi vida: la elección de mi compañera y mis dos hijos. Y, lejos de ellas, la elección que tomé ese diciembre de 2005.

Ya en la cama, en un duermevela, sigo pensando en la boca del lobo en la que estoy metido. De repente, recuerdo una factura al Ayuntamiento de Majadahonda emitida por FCS, la empresa matriz de Correa, cuyas siglas correspondían a las iniciales de su nombre y sus apellidos. Doscientas o trescientas memorias USB. ¡Leche!

El salto es de órdago y me deja incorporado totalmente en mi lado de la cama. Salgo corriendo hacia el despacho, rebusco esta vez la caja, allí está la memoria USB de la factura y debajo, sí, sin duda, las instrucciones. Las despliego confuso. Son las cinco o las seis de la madrugada, estoy francamente cansado y las releo varias veces como se leen siempre, sin hacerles mucho caso. Vuelvo a intentarlo. Claro, cómo no, es esto, estoy seguro, sé sin duda alguna lo que tengo que hacer, leo en alto...

MODO GRABACIÓN.